



Impacto

Deja que tu corazón se conmueva.

Seamos cambiados por la palabra de Dios.
Seamos cambiados por la Palabra de Dios.

“Así dice el SEÑOR: así como de los cielos cae la lluvia y la nieve y no regresan allí hasta que hayan regado la tierra, haciéndola fértil y fructífera, dando semilla al que siembra y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; mi palabra no me volverá vacía, sino que hará mi voluntad, logrando el fin para el cual la envié”. (Isaías 55: 10-11)

Existe la palabra de Dios, palabras registradas en las Sagradas Escrituras, que revela quién es Dios y lo que significa vivir en una relación correcta con Dios y con los demás. Y está la Palabra de Dios, Jesucristo, que muestra y comparte perfectamente el amor de Dios y que nos invita, nos llama, nos insta a vivir como Dios lo desea. Estamos llamados a escuchar la palabra de Dios y a ver el amor de Dios manifestado en Jesús, la Palabra de Dios, para que podamos ser un sólo corazón y mente con el Señor, llevando el fruto del amor, la justicia y la paz de Dios en nuestras vidas, ciudades y mundo.

Todo oídos

Todos sabemos que hay una diferencia entre oír y escuchar. A veces, tal vez a menudo, oímos las cosas que la gente nos dice. Podemos escuchar la palabra de Dios proclamada en la misa o en la lectura orante. Es posible que oigamos el sonido de un pájaro o un niño cantando. Pero no siempre escuchamos. Con la palabra de Dios, deberíamos ser todo oídos. Como dice San Benito en su Regla, debemos escuchar con los oídos de nuestro corazón. Escuchamos el significado del pasaje a la luz de las circunstancias de nuestras vidas y todo lo que ha sido revelado a través de las Escrituras y la Tradición.

Ojos bien abiertos

Jesús miró más allá de la superficie y vio el dolor, el sufrimiento, la confusión y la tristeza de las personas a su alrededor. No dejó que nada se interpusiera entre él y aquellos que lo necesitaban. Al ver, respondió con la misericordia, el perdón y la sanación de Dios. Como pueblo de Cristo, estamos llamados a abrir los ojos a las necesidades de quienes nos rodean. Debemos examinar honestamente nuestras vidas, admitir que a veces somos débiles, egoístas, complacientes o atrapados por el miedo. Con los ojos bien abiertos, vemos las formas en que podemos mostrar el amor de Dios a través de nuestras actitudes y acciones, y decidimos responder como el Señor lo desea.

Corazones movidos por el amor

Nuestras lecturas dominicales de este mes nos desafían no sólo a escuchar la palabra de Dios, sino a llevarla profundamente a nuestros corazones y a actuar en consecuencia. Se nos dice que la palabra de Dios es como una semilla. ¿Cultivamos nuestros corazones como buena tierra en la cual la palabra de Dios puede echar raíces y crecer? ¿Abrimos nuestras mentes al desafío de vivir como el pueblo de Cristo? ¿Llevamos buenos frutos, como discípulos y corresponsables que escuchan el llamado de Cristo y respondemos con nuestras vidas? Los evangelios pueden sonar severos a veces, ya que Jesús describe la diferencia entre los que son fieles y fructíferos y los que no lo son. Sin embargo, cuando permitimos que la Palabra de Dios arraigue en nuestros corazones, responder no será gravoso, sino que nuestras vidas tendrán una abundante cosecha de amor en el mundo.

Fieles y fructíferos

Con nuestros oídos, ojos y corazones abiertos a la Palabra y la palabra, nuestras vidas serán transformadas. Nuestros corazones se conmoverán. Nos volveremos más como Aquel cuya palabra escuchamos. ¡Escuchar la Palabra de Dios nos cambiará! Seremos el pueblo de Cristo en el mundo.

Impacta este mes

ABRE TUS OÍDOS

En oración, reflexiona sobre la palabra de Dios y escucha el llamado de Cristo más profundamente en tu vida.

ABRE TUS OJOS

Ve las necesidades de las personas que te rodean y la necesidad de justicia, paz y esperanza en nuestro mundo.

ABRE TU CORAZÓN

Permite que Dios transforme tu corazón con amor. Llena, lleno de amor a Dios, comprométete a amar al prójimo.

SÉ FIEL

Toma una "decisión firme y consciente, realizada en acción, de ser un discípulo, discípula de Jesucristo, sin importar el costo para ti". (SDR, 1, adaptado)

SÉ FRUCTIFERO

Examina tu vida, reconociendo las áreas de egoísmo, prejuicio y complacencia y resuelve tomar acción.



Trayendo la fe a la vida. Encontrando vida en la fe.

Fe 2020

Jesús incluyó a todos. Extranjeros. Aquellos en los márgenes. Mujeres. Ofreció sanidad a los enfermos y reconciliación a los pecadores. Jesús nos dice que de esto se trata el reino de Dios. En el reino de Dios, todos tienen una oportunidad. Todos los que viven en una relación correcta con Dios y con los demás tienen un lugar en el reino de Dios. Vale más de lo que podemos imaginar, un tesoro, una perla de gran precio. Por encima de todo, el reino de Dios está enraizado en el amor. Jesús nos muestra que a la vista de Dios, cada persona es valorada y atesorada, que el amor de Dios debe conducir al amor al prójimo. Como seguidores de Jesús, debemos ser impulsados por este mismo amor, listos para amar como Dios ama, sin excluir a nadie. Jesús no fue pasivo en las formas en que proclamó el reino de Dios en la tierra, y nosotros tampoco deberíamos serlo. De hecho, al entregarse en la cruz, Jesús se aseguró de que el amor de Dios reinaría sobre el odio para siempre.

Semanas de disturbios y protestas en los EE. UU. y en todo el mundo, provocadas por el asesinato de George Floyd por la policía de Minneapolis en mayo, nos llevan a enfrentar el racismo y la injusticia racial en todas sus formas. "Los actos racistas son pecaminosos porque violan la justicia. Revelan que no se reconoce la dignidad humana de las personas ofendidas, que no se las reconoce como el prójimo al que Cristo nos llama a amar" (Abramos nuestros corazones, 3). Como personas que están unidas a Cristo a través del bautismo, estamos llamados a ser personas de amor de Dios para toda la gente. Ahora.

"El amor nos obliga a cada uno a resistir el racismo con valor. Nos exige acercarnos generosamente a las víctimas de este mal, ayudar a la conversión necesaria en aquellos que aún albergan racismo, y comenzar a cambiar las políticas y estructuras que permiten que el racismo persista. Superar el racismo es una exigencia de la justicia, pero como el amor cristiano trasciende la justicia, el fin del racismo significará que nuestra comunidad dará frutos más allá simplemente del trato justo a todos". (Obispos de los EE. UU., Abramos nuestros corazones, 20)

"Seguir adelante sin temor significa también cooperar con la gracia de Dios, dando pasos directos y decididos para el cambio. Significa abrir puertas donde antes sólo había muros".

(Abramos nuestros corazones, 22)